

Jueves 29 de agosto del 2002

• TRANSICIONES •

Victor Alejandro Espinoza Valle



Dos años

Este domingo 1 de septiembre podremos ver un Informe más del Presidente de la República. Finalmente los cambios al formato no fueron aprobados; más precisamente no hubo tiempo para llevar a cabo la reforma constitucional necesaria para transformar lo acartonado de la ceremonia. Hubo planteamientos de cambiar la fecha para los meses de febrero o marzo para que se informara sobre el año fiscal; también para que hubiera preguntas directas al Presidente y no como sucede ahora que las intervenciones de las fracciones en el Congreso tienen lugar antes de que el Ejecutivo arribe a la sala. En fin, no hubo acuerdos ni tiempo pues se requería la aprobación de ambas cámaras y de los 31 congresos estatales. Quizás el próximo año avancemos un poco más y transformemos la sesión del Congreso de la Unión en un verdadero debate sobre el estado de la nación, como sucede en otras democracias y dejemos de lado el espectáculo absurdo donde un personaje adormece a la población con cifras, datos y un prolongado discurso vacío. Es más, al momento que escribo estas líneas no hay acuerdo acerca de quién será el encargado de contestar el informe. En los últimos tiempos este espacio ha sido la única rendija por la cual se han colado la inteligencia y los argumentos serios acerca de lo que es nuestro país. Hay que recordar las réplicas de Porfirio Muñoz Ledo a Ernesto Zedillo y de Beatriz Paredes Rangel al primer Informe de Vicente Fox. Han sido como bocanadas de aire fresco para sacudir la polilla de nuestra República.

Vicente Fox informará sobre el primer tercio de su mandato. Quizás el problema mayor que enfrenta su Gobierno es el creciente disgusto de la sociedad ante tantas promesas incumplidas. Si la gestión gubernamental encabezada por Vicente Fox fuera juzgada por lo hecho en estos últimos 18 meses el saldo sería favorable; el problema es que las cuentas se hacen sobre las expectativas despertadas durante su campaña y el primer año de Gobierno. La brecha entre promesas y logros es tan grande que por ahí se cuele el malestar ciudadano. Aun cuando el Presidente parece que al menos dejó de declarar sobre todo y de democratizar sus ocurrencias, algunos de sus actos todavía acusan esa falta de sensibilidad política necesaria para ser considerado como un buen gobernante. El ejemplo más elocuente fue el ya famoso beso al Jefe de la Iglesia Católica. La desazón que produjo fue muy grande, principalmente entre la amplia población que abraza otras opciones religiosas. El tomar partido por el catolicismo de manera tan estridente no es políticamente correcto, aunque lo

hiciera a "título personal". Su militancia religiosa lo ha llevado a tomar decisiones como la de cancelar su viaje a Texas como protesta por la ejecución de Javier Suárez Medina, que pudiera ser muy digna, pero incorrecta desde el punto de vista de las relaciones internacionales.

Este Gobierno se ha caracterizado por borrar las fronteras entre el espacio público y el privado. Los asuntos de la Presidencia y más concretamente de la pareja presidencial, fueron asuntos de la opinión pública a la manera de un *reality show*. Nuestro *big brother* se escenificaba en Los Pinos. En este *show* también han participado miembros del gabinete, obligados desde el principio a vender imagen más que ideas y políticas claras. El "gabinetazo" también ha sido fuente de conflictos para este primer Gobierno de alternancia. Bautizado como el "gabinete Montessori", porque cada quien hace lo que quiere, y que representa una muy mala propaganda para dicho sistema educativo, los ministros y comisionados se perdieron entre la falta de coordinación y la delimitación de funciones claras. Esto evidentemente no es culpa de ellos, sino de la Presidencia. La falta de líneas claras de mando no propicia las decisiones democráticas; todo lo contrario, convierte al Presidente en el conciliador de los problemas que se generan por la competencia desatada con ese propósito. Así, el Presidente conserva el poder absoluto y define a su arbitrio los ámbitos de competencia de los ministerios. Ese estilo de gestión no es nuevo y lleva a una verdadera parálisis a la administración pública.

El nuevo estilo de gestión también incluye no evaluar las consecuencias de algunas decisiones. Como si las buenas intenciones se fueran a imponer sobre los intereses políticos. El caso más evidente es el del proyecto de construcción del nuevo aeropuerto en el Estado de México que levantó a la comunidad de San Salvador Atenco contra la decisión presidencial. Los machetes en las calles se convirtieron en los íconos de la movilización y llenaron de pavor al Gobierno. La solución fue dar marcha atrás al proyecto. Al cabo que "ni urgía", como declaró el secretario de Comunicaciones y Transportes, Pedro Cerisola.

Vicente Fox debe salir al segundo tercio de su periodo con ideas más claras y políticas efectivas para afrontar los problemas nacionales acumulados. Todavía hay tiempo y esperanza. No se ha acabado su legitimidad obtenida en las urnas, a pesar del despilfarro.

El autor es politólogo, secretario general académico de El Colegio de la Frontera Norte.